

[Publicado previamente en: *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mérida*, vol. 2, Madrid 1934, 303-320. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, corregida de nuevo y con la paginación original] .

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Una aportación más al estudio de las relaciones entre etruscos e iberos. Un bronce etrusco de Ampurias

Antonio García y Bellido

[-303→]

En un reciente trabajo titulado *Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", num. 20, 1931) intentamos poner un poco de claridad en este problema de la arqueología prerromana española, que hasta entonces había sido tocado sólo incidentalmente. El problema se planteaba en estos o parecidos términos: El arte etrusco ¿ejerció alguna influencia sobre el arte de los iberos? En el estudio antes citado acometimos la cuestión por tres lados: por una parte recopilamos los escasos textos clásicos, en los que los autores antiguos dejaron escapar o traslucir algo que pudiera hacer luz sobre las posibles relaciones entre los tyrrhenios y los iberos ¹; por otra, **[-303→304-]** resumimos la cuestión tal como, desde un punto de vista filológico, la dejaron Knobel, Hommel, W. Schulze y, principalmente, A. Schulten (*Die Etrusker in Spanien*, Klio, 25, 1930), que la habían acometido basándose, sobre todo, en estudios de toponomastia comparada. Finalmente colocamos el problema en un terreno meramente arqueológico, donde arqueólogos como Bosch Gimpera y Lantier, principalmente este último, habían notado ya ciertas semejanzas entre cosas iberas y etruscas.

De estos tres puntos de vista, enfocados todos tres al mismo fin, ha sido el segundo, el filológico, el que más literatura ha producido, por ser tema que afecta directamente, no ya sólo al estudio de la arqueología ibérica, sino muy principalmente al problema, todavía oscuro, del origen y expansión de los tyrrhenios. No obstante esto, es el que menos frutos ha dado para el caso concreto que nos ocupa. De los otros dos puntos de vista, el primero, es decir, el de las fuentes clásicas, está virtualmente estancado, pues ya nada cabe esperar que pueda tenerse por nuevo. Del tercero, o sea del arqueológico, es de donde sacamos entonces un material más abundante y de donde extraeremos en lo futuro pruebas más fehacientes y consecuencias más firmes.

Tras este triple examen llegamos a la conclusión de que, sí bien no es posible por hoy hablar de una colonización más o menos intensa de la Península por gentes de raza tyrrhenia o etrusca —tesis que fue establecida en toda su amplitud por A. Schulten en el estudio ya citado—, sí podía, en compensación, hablarse **[-304→305-]** de contactos o de relaciones entre ambas culturas, la etrusca y la ibérica, siendo por el momento posible señalar en esta última casos y cosas donde la influencia etrusca era, al parecer, clara. En primer lugar señalamos ciertos objetos específicamente etruscos hallados en España ², mas luego una buena canti-

¹ En esta recopilación nos atuvimos solamente a los textos de valor francamente histórico y de tiempos anteriores a la dominación romana. Hicimos caso omiso de aquellos otros textos clásicos que se encuentran en tratados tardíos de geografía y etnología de los siglos III al V posteriores a Cristo, donde hallaron Hommel y Schulten apoyo para su tesis sobre el supuesto parentesco entre tyrrhenios e iberos. Sobre ellos puede verse la comunicación presentada por Hommel al Primer Congreso Internacional Etrusco publicadas en las *Atti* (Florencia, 1929, pág. 62) con el título de *Le Relazioni fra gli antichi Iberi e gli Etruschi secondo gli Autori classici*.

² Respecto a la "koré" que fue de la colección Cazorro, ya anotamos la duda que existía sobre su procedencia. Más tarde personas de crédito nos afirmaron que la "koré" mencionada no procedía, de Ampurias.

dad de obras ibéricas en las que podía rastrearse una influencia etrusca más o menos clara. También llegamos a la consecuencia de que este contacto hubo de ser relativamente débil en la intensidad y, sobre todo., breve en el tiempo, pues su actuación debió tener lugar entre la fecha de la batalla naval de Alalia (entre el 535 y el 540), en que etruscos y cartagineses unidos prevalecieron sobre los phokaieos, y la de Kyme (474), en la que la efímera "thalasokratia" de los etruscos halló su fin en manos de los navarcas de Hierón de Syrakusa. La "akmé" de estas relaciones ibero-etruscas debió de coincidir poco más o menos con el año 500 a. d. C.

Como vanguardia de estas relaciones entre etruscos e iberos hemos de recordar las que indudablemente debieron existir unos siglos antes en esta cuenca occidental del Mediterráneo, entre los pueblos que habitaban sus orillas; de Etruria debieron importarse en el Sur de Francia y Mallorca las dos conocidas "Schnabelkannen" de tipo troyano-cicládico, aunque mucho más tardías que ellas, semejantes a otras halladas en Cerdeña y en la propia Etruria. Los objetos encontrados con este tipo de vasos pertenecen a los siglos IX-VIII (véase Bosch Gimpera, *I rapporti fra la civiltà mediterranee nella fine dell'età del bronzo* en las "Atti del Convegno [-305→306-] Archeologico Sardo", 1926; Ídem, *Le relazioni mediterranee post-micenee ed il problema etrusco*, en "Studi Etruschi", III, 1929; Paul Jacobsthal, *Les Stèles funéraires celtiques de Glanum*, en "Cahiers d'Histoire et d'Archéologie", 1931; Paul Jacobsthal y E. Neuffer, *Gallia Graeca. Recherches sur l'hellénisation de la Provence*, en "Préhistoire". II, fasc. I).

Puesto que de fuentes históricas no hay por hoy esperanza ninguna de poder añadir nada nuevo, y puesto que estas líneas están consagradas a presentar una nueva prueba de orden arqueológico, para poner el tema al día bien estará hacer previamente un resumen, aunque breve, del estado presente de la cuestión tal y como la han dejado los últimos trabajos de orden meramente filológico, o mixtos, histórico-geográfico y filológico, que han llegado a nuestro conocimiento.

Es sabido que A. Schulten, en su estudio *Die Etrusker in Spanien*, basa su tesis de que en España hubo colonias o factorías etruscas en observaciones y estudios de toponomastia antigua comparada. Pero ya dimos nuestra opinión de que no obstante ser atrayentes e ingeniosos los argumentos aportados y las concomitancias halladas, no creíamos prudente deducir de una coincidencia de 10 ó 12 nombres ibéricos de lugar con otros 10 ó 12 etruscos de Italia, o de la semejanza de un cierto número de radicales etruscas con otras contenidas en ciertos nombres de lugar esparcidos por toda la cuenca occidental del Mediterráneo y por parte del litoral atlántico, toda una tesis etnográfica de trascendencia tan grande como es la supuesta colonización etrusca en las tierras occidentales del Mediterráneo y hasta en las litorales atlánticas. En primer lugar, faltan pruebas arqueológicas, como ya hicimos observar, y hasta desde el mismo punto de vista filológico cabría preguntarse de si estas resonancias toponímicas, estas [-306→307-] homofonías, son de verdad, en todos los casos, de ascendencia exclusivamente etrusca.

El problema es demasiado importante para que haya pasado desapercibido ante los ojos del resto de los filólogos. A juicio del profesor Battisti (en *Studi Etruschi*, VI, 1932) aquel número de coincidencias o semejanzas formales entre ciertos nombres de lugar ibéricos y etruscos que A. Schulten pacientemente pudo recopilar, podrían explicarse también de otro modo sin necesidad de recurrir a una solución etrusca, recordando la existencia de un substrato racial común, pre-indoeuropeo, que debió extenderse por toda o parte de la cuenca mediterránea. En este supuesto hallan su natural explicación muchas series homofónicas de topónimos muy antiguos. Es decir, que aquellos nombres de lugar, itálicos o ibéricos, que Schulten toma como base para construir el andamiaje de su tesis, probablemente ni son etruscos ni ibéricos, sino anteriores a las llegadas de ambos pueblos a Italia y a España, respectivamente.

Otro trabajo reciente que toca el difícil problema de la migración tyrrhenia y España, va inserto, a modo de amplio apéndice, a un libro de Herrmann, quien al estudiar la "oi-

kouméne" de hacia el año 1000 a. d. C, a la luz de unos textos bíblicos no canónicos (*El Libro de los Jubileos* y el *Asatir*), tuvo que enfrentarse con los complejos problemas de la ubicación de Tartessos, de la existencia de la Atlántida y del origen de los tyrrhenios (Abel Herrmann, *Die Erdkarte der Urbibel, mit einem Anhang über Tartessos und die Etruskerfrage*, Braunschweig, 1931. Un amplio resumen de este trabajo dimos no ha mucho en los *Anales de la Universidad de Madrid. Filosofía y Letras*, II, 1933). Herrmann, en el extenso apéndice dedicado a Tartessos y la cuestión etrusca, defiende estos dos interesantes [-307→308-] puntos que no podemos discutir aquí (véase nuestra *recensión* ya citada): 1.º Que Tartessos y su reino ha de colocarse, no en la desembocadura del Guadalquivir, sino en la actual región de Túnez, tesis ésta que ya venía defendiéndola el autor desde tiempo atrás (diferentes estudios sobre geografía antigua en las *Petermanns Mitteilungen*). 2.º Que la migración etrusca tuvo su centro de dispersión en Tartessos-Túnez, lo cual quiere decir que los tartesios y los tyrrhenios son términos etnológicamente idénticos. Para ninguna de ambas sugerencias aporta Herrmann una prueba seria de orden arqueológico, sólo se basa para mantenerlas en la crítica e interpretación de los textos antiguos, en estudios de orden geológico y geográfico y en deducciones filológicas tomadas de Schulten en no pequeña parte.

Estas son las últimas aportaciones al cada vez más complejo problema de la migración etrusca. De textos, ya hemos dicho que no cabe esperar novedades; quede, pues, aún intacta, la recopilación y comentario que hicimos en nuestro citado trabajo. De donde es posible esperar frutos más ciertos y cosechas más seguras —repetimos— es del campo arqueológico. Aquí el material es más abundante y hay fundadísimas esperanzas de que con el tiempo vaya aumentando, ofreciendo de seguro resultados más firmes. Al material que ya presentamos podríamos añadir hoy algunas aportaciones más, pero ahora, puesto que el espacio es corto, queremos limitarnos a un solo espécimen, una figurita de bronce, procedente de la localidad de Ampurias.

Esta curiosa figurita de bronce (fig. 1) formó parte en un principio de la colección Bordes y más tarde pasó al Museo Arqueológico de Barcelona, donde se conserva entre los objetos hallados en Ampurias. Es un bronce pleno, de pequeño tamaño, (8'50 cms. de altura), laminiforme y de bordes biselados. Mas [-308→309-] brevemente, es un lámina recortada que esquemáticamente delinea la silueta de una figura masculina que en actitud de marcha se dirige hacia la derecha. El cuerpo parece estar completamente desnudo, sólo delata esquemáticamente los genitales y muestra huellas de haber llevado grabados, como en los ejemplares que con él se asocian, las dos tetillas y el hoyo umbilical. Las piernas se abren en compás, rectilíneas y sin modelado. De las plantas de los pies, breves y esquemáticos también, salen sendos vástagos, que delatan claramente que la figurita hubo de estar fija verticalmente en una peana o base de piedra, de madera o de lo que fuere, sustento que hoy falta, pero que fue usual en los ejemplares itálicos de la misma serie, como pronto hemos de ver. Los brazos se separan del tronco casi en cruz ; el izquierdo está roto en su nacimiento; el derecho, por el contrario, aunque más corto de lo que debiera ser en buena proporción, está entero, terminando en un muñón perforado en su extremo por un agujero pequeño, donde, en su tiempo, debió ir metido un alambre a modo de lanza o bien llevar pendiente una argollita. Así puede verse al menos en algún otro ejemplar (fig. 5); su destino, es aún desconocido para nosotros. La cabeza, bárbaramente diseñada, con sólo asomo de facciones, mira hacia la derecha, a juzgar por la posición del perfil facial, en el que es fácil reconocer la nariz y el mentón. Una especie de media luna, último estadio, ya casi



Fig. 1.- Bronce etrusco de Ampurias. Alto, 8,50 cms. Museo Arqueológico de Barcelona.

[**-309→310-**] irrecognoscible, de lo que en sus prototipos mejores fue un yelmo con volante cimera, corona la cabeza. El bronce de Ampurias tiene pátina verde y conserva aún numerosas manchas pardas de óxidos y tierra adherida. Creemos que no ha sido publicado ni mencionado hasta ahora.

Figuritas como ésta, aunque de calidades artísticas muy varias, abundan extraordinariamente en el centro de Italia y llegan a presentarse también en aquellas regiones que mantuvieron un contacto mayor o menor con los etruscos o caían dentro de su esfera de influencia. La densidad con que estos bronce se presentan en los yacimientos arqueológicos situados entre el Arno y el Tíber, invita a afirmar que se trata de productos netamente etruscos. Todos ellos muestran unas características tan generales, que, sin ningún reparo, pueden darse como ejemplares de una misma serie, no obstante advertir entre ellos ciertas diferencias. El común denominador de la serie lo da la actitud de ataque, general en estas bárbaras imágenes. En ellas, como en el bronce de Ampurias, el guerrero parece avanzar hacia la derecha, va desnudo, lleva un gran casco de enorme cimera y alza al brazo derecho, que por lo general lleva también el consabido agujero para sostener la lanza. Entre estas figuritas, unas son de bulto redondo, aunque informes de modelado, otras francamente laminadas y recortadas a la manera que lo está el bronce emporitano. En general, puede decirse que ni las unas ni las otras son productos artísticos, sino obras meramente industriales y adocenadas, hechas de prisa y sin reparos para abastecer un mercado de pobre clientela.

El carácter votivo de los bronce centro-italicos es evidente, y el hallazgo de ellos en masa es una prueba bastante eficiente. Debieron abundar como exvotos en cierta clase de santuarios del centro de Italia, [**-310→311-**] consagrados a alguna divinidad guerrera, y más que como representaciones de un simple mortal, tales figuritas de bronce deben de interpretarse como pequeñas imágenes votivas de alguna divinidad bélica, quizás del Mars itálico, particularmente venerado entre umbrios, picenos y etruscos.

A juzgar por ciertos hallazgos de las cercanías de Florencia, acaecidos no ha mucho, estos pequeños ex votos de guerreros, como otros bronce por el estilo, debieron de ir sobre peanas de piedra, cúbicas o en forma de pirámide truncada. Lo notable es el enorme tamaño de estas basas en comparación de las a veces minúsculas dimensiones de los bronce que sostienen. A tal fin estaban destinados, sin duda, los vástagos que por bajo de las plantas de los pies les crece a nuestro bronce y a sus numerosos parientes itálicos (véase a este respecto Mingazzini, en *Notizie degli Scavi*, 1932, 442).

Similares por su técnica, su tamaño y por sus caracteres en general, son otras figuritas de bronce que con frecuencia aparecen en los mismos yacimientos centro-italianos, pero que en vez de representar guerreros, como en los casos anteriormente citados, representan figuras femeninas. Van vestidas con una especie de "chitón", llevan los brazos ligeramente separados del tronco y las piernas se abren en compás, todo con arte y estilo idénticos al de los citados bronce de guerreros. Indudablemente se trata aquí también de figuritas-exvotos. Entrambos grupos forman, pues, dos series paralelas: una masculina, de guerreros, y otra femenina; es decir, algo semejante —salvando todo el abismo que las separa— a la doble serie griega de "kouroi" y "korai".

El tipo de guerrero esquematizado, tal y como aparece en el bronce de Ampurias y en sus similares, con [**-311→312-**] quienes está unido por los lazos de la identidad, no es un tipo original, sino una derivación geometrizada de otras figuras semejantes, pero bastante mayores y, sobre todo, mucho más perfectas, que sirvieron, sin duda, como arquetipos de los primeros. En ellos se figura también a un guerrero, que, a diferencia de sus derivaciones geometrizadas, donde suele aparecer desnudo por entero, aquí lo vemos completamente armado; el cuerpo cubierto con un "chitón" corto, llevando sobre él la repujada coraza; las piernas se cubren, por lo general, con sendas "knémides" y la cabeza suele ir coronada de un casco de grande y tremolante cimera y anchas "paragnathidas" que, por lo general, aparecen levantadas. La actitud de estas figuras es la del guerrero que ataca; avanza solemnemente, la cabeza erguida, la mirada alta; alza el brazo derecho que blande la lanza, mientras el iz-



Fig. 2.- Marte itálico. Bronce procedente de Cerdeña. Alto, 23 cms. Museo de Ginebra (de fotografado).

quiero protege el cuerpo con un gran clípeo (véase fig. 2). Estas figuras, que constituyen un tipo relativamente frecuente en la Italia central, suelen alcanzar un tamaño de 10 a 15 cms. Su arte acostumbra a ser, en general, bueno y su factura cuidada, habiendo ejemplares verdaderamente próceres. En ellos no cabe duda que se ha querido representar a una divinidad bélica, al Marte Itálico, cuyo culto —ya lo hemos dicho— estaba tan propagado entre etruscos, umbríos y piconos. [-312→313-]

Entre esta serie, verdaderamente artística, y la otra, de figuras pequeñas, laminiformes y esquemáticas, a la que pertenece el bronce de Ampurias, hay toda una cadena continua que en gradaciones o estadios estilísticos y artísticos, cada vez más pobres y ruines, cada vez más degenerados, une ambas series extremas.

Prescindiendo de la cabeza de serie, es decir, de esos ejemplares que, como el del Museo de Florencia, entran sin disputa dentro de la categoría de las obras de arte, veamos qué evolución sufre este tipo de Marte hasta dar en las bárbaras geometrificaciones de los ejemplares a que pertenece la pieza de Ampurias. Véase en la fig. 2, que guarda el Museo de Ginebra como de procedencia sarda, que la estilización ha ganado campo; el tronco va laminándose, las piernas perdiendo modelado, las facciones esfumándose y la figura, en general, alargando sus proporciones. Pero obsérvese, sobre todo, que la cimera del casco se ha hipertrofiado de un modo notable, haciéndonos ya prever lo que ha de ser en los ejemplares más bárbaros. Un paso más en la estilización lo vemos en la figurita que conserva el Museo Arqueológico de Madrid en su interesante colección de bronce (Casto M.^a del Rivero, *Los Bronces Antiguos del Museo Arqueológico Nacional, I. Las Figuras*, número 53 del catálogo, figura 16), y reproducida por nosotros aquí en la figura 3. Como puede observarse, las facciones ya [-313→314-] casi han desaparecido y el modelado se ha reducido a expresar el mínimo posible de particularidades. Aún conserva, sin embargo, ciertos detalles de su equipo guerrero: chitón, coraza, knémides y, sobre todo, el casco, de imponente cimera. La actitud es, como en el anterior, fiel trasunto de los modelos mejores. En un bronce de la interesante serie hallada en Cagli y conservada hoy en el



Fig. 3.- Bronce etrusco del Museo de Madrid. Alto 0,18 m. Colección Salamanca (de fotografía).

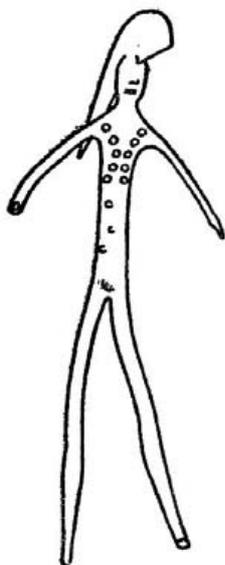


Fig. 4.- Bronze de Cagli, Alto, 19,6 cms. Museo de la Villa Giulia, Roma (Según Bendinelli)

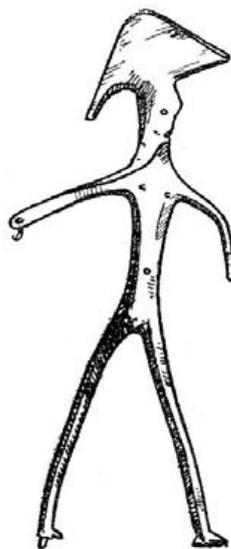
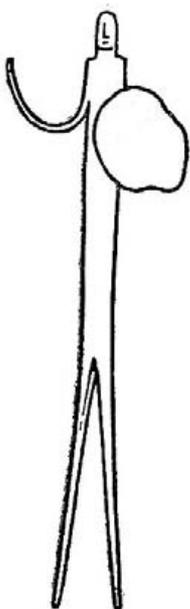


Fig. 5.- Bronze etrusco procedente de Solunto (Sicilia). Alto, 12,5 cms. Museo de Ginebra (Según Deonna)

Museo de la Villa Giulia (figura 4), el tipo que venimos estudiando aparece representado con la mayor economía posible en medios artísticos y técnicos. Ha desaparecido ya del cuerpo la armadura; el claveteado y la decoración repujada que engalanaban antes la coraza en los ejemplares próceres de la serie se han reducido aquí a una serie de circulitos incisos que quieren dar la sensación impresionista de un adorno repujado. Del casco, de airosa cimera, sólo queda ésta, pero extraordinariamente desarrollada. Las piernas y el tronco se han alargado de un modo inverosímil, los brazos se [-314→315-] han convertido en miembros rígidos e inertes, terminando en muñones, el derecho atravesado por el curioso agujero que suele acompañar casi siempre a los ejemplares de esta serie geométrica.

Un paso más en este proceso de estilización y nos veremos en el caso del bronce reproducido en la fig. 5, cuya identidad con el de Ampurias excusa toda demostración. Aún cabe, sin embargo, una estilización mayor. La tendencia del arte etrusco a adelgazar las figuras llegó a veces a exageraciones singulares, como lo muestra, en esta misma serie que venimos estudiando, otro de los bronces de Cagli (fig. 6), que en el proceso de estilización y geometrización fue mucho más lejos que los ejemplos acabados de citar.



A la vista de tal evolución se plantea el interesante problema de si ha de pensarse también en cronografías distintas para cada estadio de ella. *A priori* caben todas las hipótesis, pero un estudio detenido de estas figuras y de los yacimientos en que han ido apareciendo ha de inclinarnos al momento a considerarlas como próximamente contemporáneas. El caso hasta ahora mejor estudiado y donde con más abundancia aparecen ejemplos simultáneos de esta serie, en todos o casi todos sus estadios, es el citado de Cagli, donde aparecieron en cantidad. Bendinelli, que publicó científicamente el lote (*Bronzi votivi italici del Museo Nazionale di Villa Giulia* en los *Monumenti*

Fig. 6.—Bronce de Gagli. Alto, 19,5 cms. Museo Nacional de la Villa Giulia, Roma. (Según Bendinelli.)

Antichi dei Lincei, 1920, páginas 221 y sigs.), se inclina [-315→316-] a dar todas estas figuritas como coetáneas unas de otras, es decir, que no ve en ellas, a nuestro juicio, con acierto, un escalonamiento cronológico de las más rudas a las más perfectas, pues, en realidad, no se trata aquí de una degeneración a través del tiempo, sino más bien de una adaptación, simplificación, industrialización —o como quiera llamarse— coetánea, sincrónica, originada principalmente por servir a clientes modestos. Es exactamente el mismo fenómeno que se da entre los innumerables bronce votivos procedentes de nuestros santuarios ibéricos (contemporáneos, en parte, de los bronce etruscos que estamos examinando), a propósito de los cuales tampoco creo deban formarse series cronológicas a tenor de su arte, sino considerarlos todos como sensiblemente contemporáneos entre sí, conviviendo los más estilizados al lado de los más perfectos a través de los años o siglos que tuvieran de vida estos santuarios.

Con esta cuestión va enlazada otra de no menor importancia: la de la fecha asignable a estos bronce itálicos votivos. Bendinelli, al estudiar el lote de Cagli, reconoce con justicia en sus mejores ejemplares un gusto, un arte y una inspiración clara en modelos griegos de la primera mitad del siglo V, sin que esto excluya la preexistencia de un tipo similar indígena sobre el cual pudo actuar, perfeccionándolo, la corriente helenizante tan clara también en otras muchas manifestaciones del arte y la vida del pueblo etrusco. Este tipo anterior etrusco existió, sin duda, y una demostración de ello son los bronce de Brolio, publicados por L. Pernier en 1921 (*Dédalo*, figs. de las págs. 494-495). Es indudable, pues, que este tipo no es exclusivo de un momento determinado del arte etrusco, sino que vivió una larga vida, pudiéndose aventurar la opinión de que muchos de ellos sean francamente tardíos. Aplicando [-316→317-] tales razonamientos al bronce de Ampurias, éste podría fecharse en los siglos V o IV, siendo por hoy imposible precisar más. Lo que sí podría quizás afirmarse es que vino a España antes de la conquista romana. Aunque los ejemplares más esquematizados de Cagli muestran con evidencia pertenecer al mismo grupo o serie que el nuestro de Ampurias, no se acerca, sin embargo, tanto a él como otros procedentes también del suelo de la Italia central y dispersos hoy por todas o casi todas las colecciones importantes de Europa. Sería interminable hacer un índice de aquellos bronce iguales a los nuestros que tales colecciones conservan. Bastan como ejemplo los aquí reproducidos ³. [-317→318-]

³ Bendinelli dio ya en 1920, al publicar los bronce de Cagli (*loc. cit.*, págs. 246 y sigs.), un índice muy completo, con su correspondiente bibliografía, de los principales hallazgos de esta clase de exvotos en Italia Central, Umbría, Toscana e Italia Septentrional. Pero además de éstos hay una serie enorme de bronce de este tipo, cuya procedencia cierta es desconocida y en la que abundan los ejemplares idénticos al nuestro. Sin pretender dar una lista completa, citaremos aquellas colecciones donde hemos visto figuritas de este tipo. En Madrid, el Museo Arqueológico Nacional posee dos buenos ejemplares: uno, el reproducido aquí (fig. 3), procede de la colección del Marqués de Salamanca; el otro, algo menor, pero muy semejante al de Ampurias, vino a parar al Museo como regalo del Marqués de Castrillo (Casto María del Rivero, *Catál.*, números 53 y 53 bis. Bien clasificados como etruscos). En una colección particular de Madrid, figuran tres bronce del mismo tipo, uno de ellos casi igual al que motiva estas líneas. En los Museos y Colecciones de Italia abundan extraordinariamente, como es de presumir: el Museo Etrusco Gregoriano, en Roma, guarda una docena de ejemplares de esta serie geométrica y muchos más del tipo naturalista. La serie paralela de figuritas femeninas se halla también bien representada desde los prototipos a sus estilizaciones. La colección Augusto Castellani, adscrita al mismo Museo, tiene también una buena serie de ellos. El Museo Etnológico y Prehistórico Pigorini, en Roma, conserva unos 20 ejemplares de figuras masculinas y femeninas, pequeñas y laminiformes, con todos los caracteres técnicos de la figurita de Ampurias. Proceden de las obras de ensanche ejecutadas en Roma y en su mayoría del Castro Pretorio y del Esquilmo. En el Museo Arqueológico de Florencia hay también una buena representación, algunos mostrando variedades curiosas. Unos proceden de Perugia, otros de Brolio (éstos estudiados en "Dédalo", 1921, 494-5, por Pernier). Entre ellos los hay más bárbaros y degenerados que el de Ampurias. Añádase en el mismo Museo los conservados en el llamado Museo Topográfico de la Etruria, en el cual figuran algunos de tipo geométrico que fueron hallados con sus correspondientes peanas y de los que ya hemos hablado. (Véase Mingazzini en *Not. Scavi*, 1933, col. 442.) El de Impruneta, de bulto redondo, hallado en 1917, fue publicado en mala reproducción por E. Galli (*Not. Sc.*, 1918, pág. 210), fechándolo en el siglo VI. El Museo Arqueológico de Milán guarda siete ejemplares del mismo tipo y tamaño que el de Ampurias. Hemos visto otro idéntico también en la

Fuera de Italia han aparecido bronce de este tipo, [-318→319-] además de en Ampurias, en todas aquellas regiones más o menos en contacto con el comercio etrusco. En la figura 5 hemos reproducido un bronce del tipo geométrico de la serie que estudiamos de procedencia siciliana. Fue hallado en Solunto, la vieja factoría cartaginesa, no lejos de Panormos (Palermo) y se conserva hoy en el Museo de Ginebra (Deonna, *Catal.*). Otro bronce mucho más perfecto, representando un guerrero armado con todas sus armas, al modo de los ejemplares superiores de la serie que venimos estudiando, es el que publicó Cumont como procedente de la ciudad sikeliota de Akrágas (Fr. Cumont, *Note sur une statuette de bronze découverte à Agrigente*, en la "Revue Archéologique", 1897, pág. 327). Cumont, con buen acuerdo, la supone anterior al saqueo y destrucción de la ciudad por los cartagineses en 406, acción en la que tomaron parte los mercenarios iberos. A uno y otro punto de Sicilia pudo llegar quizás por vía comercial, principalmente a Solunto, pues las relaciones entre etruscos y cartagineses fueron siempre muy activas. Pero no sería tampoco descabellado, para explicarse el caso del bronce de Akrágas, el recordar la expedición que Dionysios el Mayor, tirano de Syrakusa, hizo a Etruria, en la que saqueó el santuario de Pyrgoi, cerca de Caere, y recogió cuantioso botín (384 a. d. C.). También pudieron ser llevados estos bronce a Solunto y Akrágas por algunos de los mercenarios etruscos que figuraron en un tiempo, junto con iberos, celtas, sardos, balears y otros, entre los ejércitos que los cartagineses pusieron con frecuencia en Sicilia.

Más numerosos debieron ser en las vecinas islas de Cerdeña y Córcega, que en un tiempo, tras la batalla naval de Alalia (entre el 535 y el 540) estuvieron a merced de etruscos y cartagineses. De Cerdeña, por ejemplo, guarda dos bronce de la serie que [-319→320-] estudiamos el Museo de Ginebra (Deonna, *Catál.*, números 135 y 136), uno de ellos, el 135, el de nuestra figura 2.

No faltan tampoco, como es natural, en la región de los Alpes, por cuyos valles debieron meterse al amparo del tráfico comercial, buscando el curso del Rhin. De la imitación de un tipo perfecto de la serie procede, sin duda, la torpe figurita de bronce recientemente hallada en Gutenberg-Balzers, en el Principado de Liechtenstein, copia, sin duda, salida de manos bárbaras (A. Hild y G. v. Merhart, *Vor- und frühgeschichtliche Funde von Gutenberg-Balzers*, 1932-33). Tanto este interesante caso de una influencia etrusca en la plástica de los pueblos bárbaros limítrofes, influencia tan clara y evidente, como los hallazgos de bronce etruscos de este tipo en los valles de los Alpes (véase Deonna, *Catálogo*), son buena prueba de la intensidad de relaciones entre Etruria y la Europa Central durante la época de Hallstadt y de La Tène, influencia que hubo de repercutir en España cuando ciertas tribus celtas del Centro de Europa, y más concretamente del Norte de los Alpes, llegaron, ya contaminadas de etrusquismos, a la Península. (Véase a este respecto nuestro trabajo, ya mencionado, sobre *Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero*, págs. 28 y sigs., y el que recientemente publicamos en "Investigación y Progreso", 1933, números 7-8, con el título *Sobre el probable origen del puñal español posthallstático del tipo llamado de Miraveche o del Monte Bernorio*.)

En otra ocasión volveremos sobre el tema para publicar otras aportaciones más de no menor interés.

pequeña pero interesante colección de cosas etruscas del Museo de Karlsruhe (núm. 940). El Museo de Berlín, en su sección de prehistoria, conserva un bronce pequeño del tipo que venimos estudiando. Tiene, como el de Ampurias y otros, el agujerito correspondiente para la inserción de una lanza, hoy perdida. Kühn, que lo publicó, lo data entre el 800 y el 600 a. de C. (Kühn, *Die Kunst der Primitiven*, pág. 229, núm. 24, fig. 24. Su procedencia es desconocida). Otro se guarda en el Museo de Freiburg, en Suiza, recientemente publicado (P. Aebischer, *Une statuette italo-étrusque du Musée de Fribourg, Suisse*, en *Studi Etruschi*, VII, 1933, pág. 367. De procedencia desconocida). El Museo de Ginebra guarda otra colección de la misma serie y procedente de distintos lugares (Italia Central, Septentrional, Umbría, Cerdeña y Sicilia, a más de los hallados en la zona de los Alpes); sobre algunos de ellos hablaremos a continuación (Deonna, *Catalogue des Bronzes figurés antiques du Mus. de Genève*, 1915-16). Otros guarda el Museo del Louvre (Reinach, *Répertoire*, II, pág. 185, 1), el de Rouen (id. id., III, pág. 60, 7), la Biblioteca Nacional de París, etc., etc.